

MEMORIA DE AUSENTES

Víctor d'Ors Pérez-Peix

(Barcelona, 14 de enero de 1909; Madrid, 3 de diciembre de 1994)

El fallecimiento del arquitecto Víctor d'Ors el pasado 3 de diciembre ha privado a la cultura española de una singular personalidad; la caleidoscópica amplitud de su genio y figura —individualista de vocación universal, renovador sutil en lo tra-

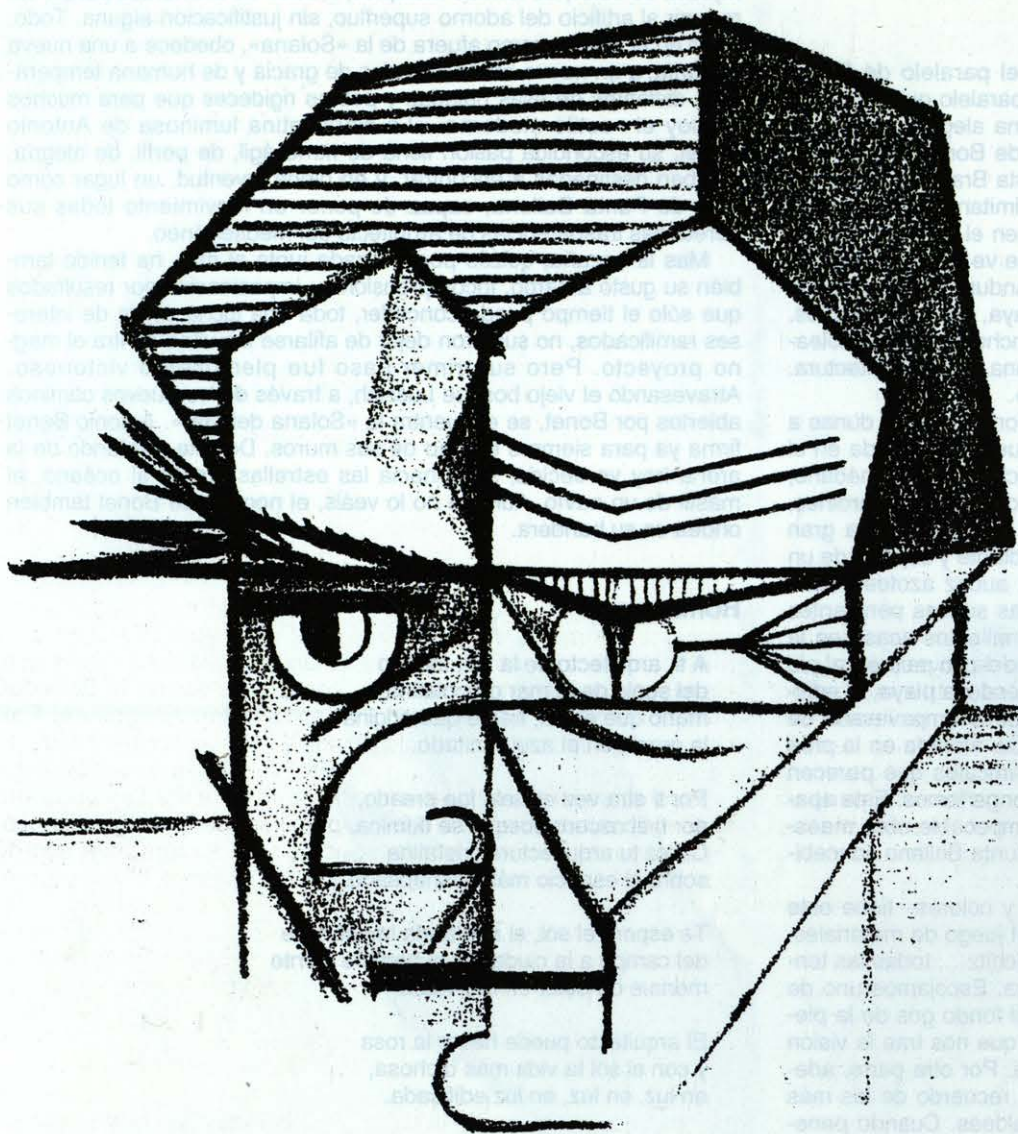
dicional y oponente rotundo de lo convencional— ha sido confusamente controvertida; y en cierto modo ignorada a pesar de que su trayectoria docente en la Escuela de Arquitectura de Madrid habrá marcado una impronta, consciente o recesi-

va, sobre las promociones de medio siglo. En otro lugar he bosquejado la exuberante personalidad de Víctor d'Ors; aquí debo referirme, siquiera sucintamente, a las directrices de su obra, no menos atípica.

Primogénito del filósofo

Eugenio d'Ors y de su esposa, la escultora María Pérez-Peix, una vasta formación cosmopolita en Francia, Alemania y otros países le dotó además con una fluidez políglota que propiciaría su actividad de conferenciante internacional —siempre volcada a la enseñanza de la arquitectura— y su participación en congresos extranjeros sobre Estética. Pero aún desarrollaría otro lenguaje: el de sus tesis arquitectónicas. Bense, Heisenberg, Reichenbach y otros pensadores se han lamentado pasivamente de las insuficiencias de los léxicos científicos y filosóficos para abarcar la formulación de nuevas ideas. Víctor d'Ors, para quien la confusión era la enfermedad de la cultura, tuvo la audacia de crear su propio código verbal desvaneciendo las imprecisiones semánticas en los dominios del Arte y de la Estética. Y ésta fue una de sus más relevantes contribuciones a la sindéresis arquitectónica. Con certera lucidez fijó conceptos anteriormente ambiguos o indiferenciados —comenzando por la básica distinción entre arquitectura (orden ideal y metafísico del espacio) y edificación (una de sus materializaciones formales)— fundando así una matesiología de inspiración hegeliana, en la que frente al equilibrio precario del simple dualismo conceptual consolidó los estables asentamientos del tricosomismo. Y precisamente serán tres las concreciones icónicas o verbalizadas de su obra a que se limitará el presente comentario —la edificación, la literatura y la docencia— ya que la inmensa generalidad de su reflexión en lo arquitectónico no dispone aquí del espacio exigible para un análisis; ni siquiera para una sinopsis.

Lo edificatorio es el aspecto menos conocido de la arquitectura de Víctor d'Ors. Una con-



J. E. S. 67

Julio Caro Baroja

(Madrid, 13 de noviembre de 1914 - Vega de Matagorda, 18 de agosto de 1992)

notación tan precipitada como superficial ha pretendido relegar su labor en este dominio con el estigma de anacrónica, confundiendo anacronismo y acronía. Y es que la concepción orsiana del espacio-tiempo, como campo propio de la arquitectura, trasciende la habitual idea sumaria de temporalidad subordinada a lo efímero en que se ha fundado ese prejuicio cerrado a la ostensividad de su obra. En su objetación debería reconsiderarse el significado último de sus edificios emblemáticos, como el Instituto de Enseñanza Media, de Cuenca; la Escuela de Comercio y el Instituto Trilingüe, en Salamanca; la Casa de Cultura, de Guernika; el Instituto Laboral, de Manzanares; el Colegio Mayor Alfonso X, el Instituto Tirso de Molina, el Museo de Reproducciones Artísticas, el monumento a Eugenio d'Ors, la Fuente de Villanueva (de reciente actualidad por su reconstrucción en el Parque del Oeste) y la remodelación del Casón, en Madrid; el conjunto ermita-vivienda en Vilanova i la Geltrú; y así hasta un centenar de obras, de las que él seleccionaba veinticuatro, en las que no faltan junto a la anamnesis plástica innovaciones insospechadas. La concesión de premios en diecinueve concursos puede ser el respaldo de sus aportaciones en lo edificatorio. Finalmente habría que analizar también sus trabajos urbanísticos en Salamanca, los Carabancheles y en el Prado madrileño; pero ahora deben mencionarse otros logros suyos: los de la arquitectura verbalizada.

La mente de Víctor d'Ors se hallaba más próxima al discurso oral que al literario. De ahí que, fecundo conferenciante, haya sido más parco en la producción impresa, donde solía transcribir

o parafrasear sus disertaciones. En la oratoria hizo suyo el principio heideggeriano de que la esencia del lenguaje es el lenguaje de la esencia, lo que canalizó también la rigurosa precisión de su obra literaria. Más pródigo como articulista, pueden ejemplificar empeños de mayor extensión, en los tres ámbitos en que se produjo, sus "Cartas sobre Madrid" - una oportuna contestación urbanística -, los "Fundamentos de una Metalógica" - indagación de profundidad y densidad que remiten a la hondura del filósofo alemán, su mentor en no menor medida que Eugenio d'Ors - y su obra fundamental, "Arquitectura y Humanismo" - la más amplia panorámica del pensamiento orsiano y compendio de la proyección didascálica en que puso lo mejor de sí mismo -.

¿Es posible enseñar a proyectar un edificio? ¿Es posible enseñar un arte cualquiera? ¿Es posible enseñar a crear belleza?" La respuesta a esas preguntas que Víctor d'Ors se plantea en su libro se halla implícita en un magisterio cuya conación él prefería designar "técnicas de proyectación". En 1942, d'Ors había ingresado como profesor de Teoría del Arte y Composición en la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde formaría parte de aquel elenco irrepetible de maestros que impartió su docencia en durante dos decenios con él: Luis Moya, Aníbal Álvarez, Torres Balbás, Chueca Goitia, Vázquez Molezún, Alejandro de la Sota, Sáenz de Oiza y tantos otros, aunque menos renombrados, de no menor rango en sus especialidades. En 1960 ganó por oposición la Cátedra de Estética y Composición. Y en esos años, dada la riada de alumnado, compartió su magisterio dando entrada en su departamento

hasta a titulados de otras profesiones, con un sentido de apertura inédito hasta el momento y una encomiable ambición de generalidad. En la cátedra y en el Seminario de Estética y Composición que fundó en 1962 y que asimismo coordinaba otorgó entera libertad a los que encabezábamos los distintos grupos de alumnos, lo que se tradujo en una universalidad de enseñanzas dentro de la más amplia gama de disciplinas del Arte -Filosofía, Psicología, Psicoanálisis, Parapsicología, Sociología, Estética, Aritmología, Lingüística...- y bajo las directrices de un eclecticismo, al que la flexible tutela que irradiaba su presencia nunca pretendió limitar a ninguna ideología. Después de haber arrostrado la dirección de la Escuela durante el quinquenio más conflictivo (1968-72) llegó a la jubilación en 1988, cerrando así cerca de cincuenta años en que su personalidad, directa o indirectamente, suscitaba otras inquietudes en un alumnado que últimamente resbalaba peligrosamente hacia un pragmatismo de recetario sin más miras que la titulación. Y aún continuaría ejerciendo el magisterio como profesor emérito, impartiendo clases magistrales hasta el final de sus días.

Sus enseñanzas, que en apariencia pueden haberse difuminado con el tiempo, se hallarán presentes en lo subliminal de cada uno. El genuino conocer -según otra de sus tesis- es el sumido en el inconsciente; así como el alimento de la fise incorporado a la sangre desconoce su origen, el saber -alimento de la psique- no es fecundo hasta su sublimación en savia cultural a través del consciente olvido. Es ahí donde subyace la aportación de su docencia.

Forzosamente limitada, no



debe concluir esta semblanza sin al menos mencionar otros de sus muchos títulos -Arquitecto por oposición del Instituto Nacional de Colonización y del Ayuntamiento de Madrid, Presidente de la Comisión de Estudios para reforma de la enseñanza de la Arquitectura- y algunas actividades de la versátil personalidad de Víctor d'Ors: la Jardinería, en la que, como fundador de la Sociedad Española de Amigos del Paisaje y vicepresidente de la Federación Internacional de Arquitectura Paisajística, fue precursor de la conciencia ecologista; la Pintura, que abordó ocasionalmente al margen de corrientes estilísticas (actuando además como organizador de diversas exposiciones de artes plásticas); la Poesía (su último trabajo fue una antología bilingüe de la alemana), y, en general, toda actuación de índole cultural, cultivada con inflexible independencia, cuyo último fin era el generoso compartir de su magisterio.

Julio Enrique Simonet